



NUM. 43. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos à 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 24 DE OCTUBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



btenida sobre las tropas de Lamoriciere la victoria de que hemos hablado en nuestra revista anterior, los piemonteses, segun presumiamos han pasado á Nápoles y de allí á Caserta, donde se halla el cuartel general de Garibaldi sitiando á Cápuá. A la fecha

de las últimas noticias catorce mil piemonteses habian pasado ya por la capital napolitana para aquel punto. El rey Victor Manuel desde Ancona al prepararse á entrar en Nápoles ha dado un manifiesto á los pueblos de la Italia Meridional explicándoles sus intenciones. «Mi padre, dice, me dió un alto ejemplo, renunciando su corona por salvar su dignidad y la libertad de sus pueblos... Yo aprendí en aquel ejemplo: entre la corona y la palabra dada jamás puede ser dudosa para mí la eleccion.»

Despues de espresar de este modo su firme resolucion de conseguir la unidad, independencía y libertad de Italia ó sucumbir perdiendo la propia corona en la demanda, dice: «Aquellos que en Europa me acusan de imprudencia, juzguen con calma qué cosa habria sido, qué cosa seria la Italia el dia en que la monarquía se manifestase impotente para satisfacer la necesidad imperiosa de una reconstrucción nacional.»

En seguida recuerda los consejos que dió oportunamente á los príncipes de Italia y al gobierno pontificio, y trazando á grandes rasgos la historia de los últimos sucesos, concluye de este modo:

«He hecho entrar á mis soldados en las Marcas y en la Umbria dispersando aquel confuso tropel de hombres de todos los paises y de todas las lenguas que se habian reu-

nido en dichas provincias, nueva y estraña forma de intervencion extranjera y la peor de todas. Yo he proclamado la Italia de los italianos, y no permitiré jamás que la Italia se convierta en albergue de las sectas cosmopolitas que se dan cita en ella para tramar los planes de la reaccion ó de la demagogia universal.

«Pueblos de la Italia meridional, mis tropas avanzan hácia vosotros para consolidar el órden; no vengo á imponeros mi voluntad, sino á hacer respetar la vuestra. Podreis manifestarla libremente: la Providencia que protege las causas justas inspirará el voto que depongais en la urna. Sea cualquiera la gravedad de los sucesos; espero con calma el juicio de la Europa civilizada y el de la historia, porque tengo la conciencia de cumplir mis deberes de rey y de italiano. Mi política no será tal vez inútil para reconciliar en Europa el progreso de los pueblos con la estabilidad de las monarquías. Sé que por lo menos en Italia pongo término á la era de las revoluciones.»

Dos dias despues de espedita esta proclama el Congreso de diputados de Turin votaba la ley de las anexionnes. En aquella sesion fue entre todos notable el discurso del conde de Cavour, ministro de Estado. «La anexion dijo, es necesaria y urgente: no pueden aceptarse anexionnes condicionales. Un Parlamento discutiendo en Palermo y Nápoles á la vez que otra Asamblea votase leyes en Florencia ó Turin, seria peor que la federacion aclamada en Villafranca, seria la pérdida de toda esperanza de reconstitucion y grandeza para la Italia. Esto es tanto mas inadmisibile, cuanto que la patria no podrá renunciar á la esperanza de tener á Roma por capital de la Italia.»

Estas palabras produjeron gran sensacion y una estrepitosa salva de aplausos. El conde de Cavour se creyó en la necesidad de explicarlas y añadió:

«La Italia, teniendo por capital á Roma, es mi bello ideal; pero desde luego declaro que este gran término del movimiento italiano no puede conseguirse solo por medio de la espada. Los medios morales habrán de ser más poderosos aun que la fuerza. Roma no resistirá al espectáculo de una Italia regenerada y una; y algun dia el pontífice querrá, en vez de una guardia extranjera, tener por apoyo veinte y cinco millones de italianos. Para esto Pio IX no tiene necesidad sino de evocar el pasado glorioso de 1847, reconquistándose los aplausos de la patria y haciendo inmenso servicio á la religion.»

Hablóse tambien en la Asamblea de Turin del aumento de la guarnicion francesa en Roma, cuyo número como es sabido se ha elevado hasta veinte y cinco mil hombres. El

conde de Cavour nada respondió en la tribuna á las observaciones que se hicieron sobre este punto; pero despues en los salones de conferencias sus amigos dijeron que los veinte y cinco mil franceses estaban para cubrir la marcha de los sardos sobre Nápoles é impedir la intervencion de toda otra potencia en Roma. No creemos que en este punto los amigos del conde de Cavour hayan interpretado bien las intenciones de Luis Napoleon; pero juzgamos que en efecto ese será el resultado de la presencia de los veinte y cinco mil franceses en la capital del orbe católico.

En cuanto al Véneto, el conde de Cavour estuvo algo mas reservado. Dijo que tenia fe en la libertad de Venecia, que Austria se convenceria de que no podia conservar-la teniendo delante á la Italia unida y detrás á la Alemania liberal, que no podia menos de simpatizar con los italianos.

Votóse la ley despues de este discurso y el gobierno quedó autorizado para agregar al reino de Victor Manuel toda la Italia Central y Meridional. En la misma sesion se dió un voto de gracias á Garibaldi. Esta última votacion fue unánime: la otra dió por resultado doscientas noventa bolas blancas contra seis negras.

Hasta la fecha á que alcanzan nuestras noticias no era cierta la retirada de Turin de las legaciones que allí tienen las potencias del Norte. La Prusia no ha retirado sus enviados: la Rusia, como la Francia, ha retirado solamente su ministro dejando el resto del personal. Hay mas, el ministro de Rusia justifica su ausencia con la necesidad de asistir á la entrevista de Varsovia, que sigue todavia en proyecto. Acaso despues de Varsovia venga la retirada general; pero repetimos que hasta ahora no se ha efectuado. Algunos de los periódicos españoles piden que se retire tambien el ministro del gobierno español en Turin: no sabemos lo que sobre este punto habrá decidido el ministerio.

Nada adelantan las últimas cartas á lo que de Roma y Gaeta hemos dicho en la revista anterior: el Padre Santo sigue en la ciudad y se duda que trate de abandonarla; y el rey Francisco II no parece tampoco dispuesto á salir en su voluntad del fuerte de Gaeta. La escuadra piemontesa aun no se habia presentado delante de aquella plaza, cuyo bloqueo se dice que no reconocerán las potencias.

La expedicion francesa de Siria ha entrado en Deir-el-Kamar, pueblo del Líbano, donde se hallaban varios jefes drusos de los que han dirigido las últimas matanzas. Los drusos se han retirado y se organizan, mientras que

en otras partes los cristianos son asesinados de nuevo, estendiéndose, como habíamos pronosticado, este furor fanático de los musulmanes no solo á los demás puntos de Siria sino á otras provincias de la Turquía Asiática. Apenas quede mas ó menos resuelta la cuestion italiana, es seguro que la cuestion de Oriente volverá á levantarse en toda su imponente magnitud.

Los aliados franceses é ingleses habian entrado en Shanghai y se disponian á entrar por la embocadura del Pei-ho. Los chinos hasta ahora no han opuesto resistencia y aun se dice que han hecho proposiciones de paz. Se habla vagamente de un grande ataque de los cochinchinos sobre Saigon; pero no tenemos pormenores. Esto de no tener pormenores nos hace el mismo efecto que si los tuviéramos deplorables.

Como anunciamos en la anterior revista, el viaje de la corte terminó con el regreso de la real familia y del ministro á Madrid. El 16 se verificó la entrada: la tarde estaba apacible; era una tarde de otoño como las que solo se ven en Madrid, y todo convidaba al solaz y el esparcimiento. La tropa formaba la carrera que debía seguir la comitiva régia, y los balcones estaban adornados de colgaduras en toda ella. Llegó el coche real á la Puerta del Sol; y aquí dejaremos á periódicos políticos autorizados la relacion de lo que pasó. Véase lo que dice *El Diario Español*:

Un jóven, como de diez y nueve años, llamado N. Rodriguez, que hacia largo tiempo servia en calidad de criado en casa del ingeniero y diputado señor Nuñez de Prado, colocado en el asfalto de la Puerta del Sol, junto á la empalizada que allí existe, hizo ademán, al pasar SS. MM. de disparar un cachorrillo. El señor teniente alcalde del distrito de Correos y alguna otra persona que se hallaba junto al muchacho, se apoderaron de él instantáneamente, y lo condujeron al Principal, á donde llamado su amo para que contribuyese á descubrir lo que habia impulsado al Rodriguez á intentar un acto tan criminal, é interrogado este, resulta, segun afirman los que le vieron oyeron, que es un ente casi imbecil, y que al parecer nada indica que obedeciese á excitacion agena; como lo prueban, por otra parte, el sitio que habia elegido, al lado opuesto al que S. M. la reina ocupaba, y la pésima calidad del arma, imposible de disparar hasta el punto de habérsele caído al suelo la bala, que no pudo ajustar bien. Conducido el muchacho el Saladero, el señor Jóven de Salas, decano de los jueces de la capital ha comenzado á instruir la sumaria sobre el hecho.

A esto añade la *Correspondencia*:

«El preso anteayer tarde se llama José Rodriguez; hacia tres meses que servia en casa del señor Nuñez de Prado, donde no habia dado lugar á quejas. El día 15, santo de la señora de la casa, habia recibido de propina 30 reales, que empleó en la adquisicion del cachorrillo con que intentó hacer fuego.

«Hasta ahora, la opinion está conforme en atribuir á un hecho aislado la intentona de anteayer. El preso quiso ser soldado un año há, y no pudo conseguirlo por impedimento físico: entonces quiso suicidarse, y desde dicha época se le habia oido repetir varias veces que él necesitaba salir de la condicion de criado.»

Y la *Epoca* por su parte dice:

«El criminal Rodriguez, aunque sereno, no alcanza á dar idea de sus opiniones políticas. Dice cosas inconexas é incurre en notorias contradicciones. Suponen algunos que ha dicho mas de una vez que los tres hombres públicos á quienes tenia mas predileccion eran el escolentísimo O'Donnell, el general Prim y el general del Papa.»

De regreso á la corte, se ha levantado el campamento de Torrejon, viniendo algunos cuerpos á Madrid y marchando otros á diversos puntos de las inmediaciones, donde esperan órdenes del gobierno.

La novedad teatral de la semana ha sido sin duda el drama del señor Fernandez y Gonzalez representado en el Principe con el título de *Deudas de la Conciencia*. El éxito de este drama ha sido brillante y damos la enhorabuena á su autor, cuyo mérito como escritor dramático iguala ya al que siempre se ha notado en él como fecundo y popular novelista.

En la Zarzuela se ha estrenado *Don Bucéfalo*; bella música, que fue muy aplaudida; buena ejecucion; libreto poco interesante.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

I.

Es el arte una de las mas grandes y mas sublimes manifestaciones del espíritu humano. Cuanto toca, cuanto anima con su soplo sagrado, cuanto cae bajo su espléndido dominio, todo se reviste de grandeza y de hermosura, todo aparece bañado con su celeste claridad. No en vano el griego puso bajo el dominio de los dioses el arte y la poesia, no en vano tuvo por inmortales á los hombres de quienes la inspiracion fue hermana cariñosa; no en vano para el poeta y para el artista florecieron los mirtos y el laurel de Acaya y de las espumas de las olas del

Archipiélago, se formó la diosa de la hermosura, á quien el divino cincel de Fidias hizo descender á la morada de los hombres. Si algun día pareció extinguirse aquella raza de nobles iuspirados á quienes siglos de barbarie privaron del culto que los corazones entusiastas les rendian, volvió á aparecer de nuevo sobre la hermosa Europa, tan pronto como apareció la aurora de la nueva civilizacion. Tal vez porque esté escrito que la religion del arte debe ser eterna. Miguel Angel recordó al escultor inmortal de Grecia, Rafael á Apeles el divino, Cellini á los artistas etruscos que adornaban con preciosas figuras las ánforas y los vasos.

Si el arte que nació bajo el sereno cielo de la Grecia y fué á renacer orillas de los rios que atraviesan á la hermosa Italia, necesita para vivir y ostentarse pujante, un cielo claro, un aire puro, un sol vivificador y imaginaciones creadas; por qué España no ha de ser una de aquellas dichosas regiones donde jamás faltan, ni arte, ni artistas? He aquí por qué entre nosotros pudo atravesar el arte épocas de desaliento, pero extinguirse jamás.

¡Orgullosos debemos estar de nuestra historia artística! Cien nombres ilustres prueban á los demás pueblos que la hermosa inspiracion es un eterno patrimonio de nuestra raza. Juan de Juanes, el rival de Rafael, Murillo á quien nadie igualó en la sublime idealizacion de sus vírgenes; Rivera, el que trajo de Italia aquel vigor en el dibujo y el sombrío colorido de la escuela veneciana, Zurbaran y Velazquez sin émulos todavía, Cano que como Miguel Angel fue pintor, escultor y arquitecto á la vez, prueban bien claro que hemos tenido verdaderos artistas. Recorred nuestras hermosas catedrales, la de Cordoba, como la de Toledo, y sentireis pasmarse vuestro espíritu, ante aquellas soberbias concepciones, en que dos razas diferentes espresaron en la piedra, el pensamiento estético que las guiaba.

Sin embargo, épocas de triste desaliento hemos atravesado; no está lejano el tiempo, en que el arte pareció extinguirse para siempre en nuestra patria; gemia el génio en el amargo destierro, y la multitud, bestia de carga, á quien se engaña siempre, sin una verdadera idea del arte, adoraba sus falsos ídolos.

Goya, el heredero de las glorias de Velazquez, Alvarez, el dulce rival de Cánova, habian dejado caer el cincel y los colores, como para decirnos que allí concluía la raza de los inmortales que habia hecho el orgullo de nuestra patria; despues de ellos el silencio de la nada, la esterilidad. Pero ya hemos dicho que la religion del arte debe ser eterna. Despues del interregno, cuando brilló en nuestra patria el nuevo día de la regeneracion, volvió á tener el arte su olvidado culto y sus santos sacerdotes. ¿Quién no los conoce?

La civilizacion trajo consigo semillas de ateísmo, abrió al espíritu humano nuevos horizontes, le entregó á otras especulaciones. La filosofía de hoy viene marcada con el sello de la duda; el gemido es nuestra palabra; atravesamos una época de desaliento y de esperanza á la vez, nos toca ser actores y espectadores del gran drama en que la humanidad prueba á salir de las prisiones en que la tuvieron encerrada; todo es vacilacion y temores. Hay quien vuelve los aterrados ojos al pasado en busca de aquella santa fe de nuestros mayores para pedirle los inefables consuelos que brindó al hombre en otros tiempos, pero él mismo va herido de la duda. Hay quienes, sublimes apóstoles de la civilizacion, suben á la altura para ver la tierra de promision, en donde no deben poner sus piés, porque el egoísmo es el pecado de nuestros días. ¿Y de esta confusion, de este vacilamiento, de este caos qué arte debe brotar?

Nuestros abuelos tenian una aspiracion, la del cielo; nosotros una religion, la de la patria; una santa idea, la de la humanidad.

Un pasado glorioso, un porvenir que promete ser rico en felicidad, un presente terrible de duda y de esperanza de acerbos padecimientos, de santas y dolorosas aspiraciones, he aquí el nuevo mundo que cae bajo el dominio del artista. Jamás tan brillante epopeya ha podido dar vida al arte.

¿Qué ha hecho este en nuestra patria?

Abrir á la juventud el nuevo sendero, prepararla para entrar en el circo en donde ha de ser la multitud, el verdadero juez.

Efectivamente, desde que las exposiciones de pinturas en España, son algo mas que una estéril galeria de cuadros, desde que la juventud capaz de todos los esfuerzos ha comenzado la lucha entre ella y la gloria, puede decirse que el arte empieza á tener sus sagrados adeptos. Nosotros lo hemos visto, cada exposicion ha sido un paso mas, dado en el camino de nuestra regeneracion artística. De cada exposicion, dos ó tres nombres afortunados se levantan de la oscuridad y puede decirse de ellos muy bien. —Hé aquí los nuevos elegidos!—aunque el sacerdocio del arte es largo y difícil, y los neófitos tienen que pasar por dolorosas pruebas.

Cuantas veces visitamos el salon de la Trinidad, cuantas veces nos paramos ante los cuadros espuestos, tantas otras una dulce esperanza viene á halagar nuestro espíritu. Comparando exposicion con exposicion, es como llegamos á notar el adelanto, y en esta parte, la actual lleva algunas ventajas á las pasadas. Los que aun ayer empezaron á darse á conocer, hoy se presentan llenos de justas esperanzas; alentémosles pues, y ellos darán los deseados frutos.

Ahí está nuestra historia, cuyas gloriosas páginas pueden inflamar la mente de los que deseen traducir en colores la brillante epopeya de nuestro pasado de grandeza. El cuadro histórico, reemplazó al religioso; el entusiasmo por la patria, á la fe; el artista puede hallar en la historia un fresco manantial de hermosas concepciones. Ahí están los cien trajes pintorescos de nuestros campesinos y sus poéticas costumbres; ahí los sublimes espectáculos de la naturaleza; el picacho cubierto de eternas nieves, el pino que baja por la nevada falda; la sagrada encina del celta, las floridas márgenes, el Mediterráneo con sus ondas azules, el Océano con toda su pompa; no podrán decir jamás nuestros artistas que aquí faltan sublimes escenas que trasladar al lienzo.

La esposicion actual prueba bien esta verdad; los espositores recorrieron nuestros campos, estudiaron nuestras costumbres y comprendieron nuestra historia. Sus cuadros lo dicen bien claro: las dos mejores obras de esta esposicion, toman asunto del trágico fin de aquellos que fueron vencidos en Villalar, y del fiero arranque que hace medio siglo un pueblo que parecia sumido en la abyeccion, se levantó poderoso y venció á aquel que traía en sus manos la victoria. Ha desaparecido el retrato, cuya superabundancia probaba en otras esposiciones la decadencia de nuestro arte. La mayor parte de los espositores han abandonado el falso camino; estudiaron el colorido en nuestros clásicos, se aventuraron á salir del comun sendero, y produjeron obras que si no se admiran, son sin embargo dignas de aprecio, porque representan un esfuerzo y un adelanto. ¿Qué mas se quiere?

Ya se verá cuando entremos en el examen detallado de las obras espuestas, hasta dónde llega y qué significa el esfuerzo de la juventud, que acudió al certámen. Pero en tanto, permítansenos asegurar que ella sigue el buen camino, y que si los resultados no alcanzan á sus deseos, si el porvenir no le es propicio; otra juventud, otra generacion que tal vez esta próxima á llegar á la vida del arte, levantará este á una altura digna de nuestra patria.

Que España siga caminando por la senda de su regeneracion, que se haga rica y poderosa, que ella será artista. No acusemos á los hombres de las fautas de su siglo; recordemos que cuando el sol no se ponía en los dominios del rey de España; cuando éramos señores del mundo; cuando nuestros tercios vencian en San Quintín, en Otumba, en Lepanto y en Roma, entonces era cuando nuestro arte se levantaba pujante, entonces cuando abrieron sus ojos á la luz los mas grandes ingenios de nuestra patria.

ROMA EN 1860.

OJEADA DE ACTUALIDAD.

III.

Entre el día en que escribimos la última frase del artículo anterior y el día en que tomamos la pluma para entender el presente, ha transcurrido un mes: este mes ha bastado para que los Estados Pontificios esperimenten una revolucion, que ha echado por tierra los efectos de la sumision á Gregorio II, consolidados por mil ciento treinta años de dominio temporal. A nuestra época la basta un día para anular un siglo: acabamos de dejar la antigua frontera pontificia, y la frontera ha desaparecido antes que descansáramos del todo de las fatigas del viaje: bien ha hecho en preparar los hilos eléctricos una edad que asi precipita los sucesos.

Jamás pontificado alguno, en toda esa larga dinastía electiva, los ha ofrecido como el presente. Gregorio XVI acababa de morir: la Europa católica no patrocinaba en el cónclave á ningun candidato: el Austria adoptaba á su lugar-teniente Lambruschini, que habia gobernado en nombre del Papa largos años y que habiendo dado varios capelos, tenia motivos por contar con el agradecimiento de otros tantos cardenales. Dos días vió el pueblo de Roma salir por la chimenea del Quirinal el humo de las papaletas de los votantes; al tercero, la chimenea dejó de ahumar y se oyeron los primeros golpes, para derribar la pared que cerraba el balcon en que el Papa elegido se anuncia á la ciudad y al universo. Cuentan que receloso ya Lambruschini antes del tercer escrutinio, preguntó al cardenal Micara:

—¿Quién será Papa?

—Si es el diablo quién hace la eleccion, contestó este, lo seremos tú ó yo; si es el Espíritu Santo, lo será Mastai.

¿Quién era Mastai, el elegido por los cardenales? Solo se sabia de un modo vago que habia sido militar, que habia dejado el servicio á causa de una enfermedad, que al poco tiempo de tonsurarse fue misionero en América, que ganó su obispado en las Pampas y mostró en sus funciones episcopales dulzura, modestia, tolerancia y caridades. Al día siguiente de tomar el nombre de Pio IX, mostró ademas cualidades de hombre de Estado, comonrazon, pensamiento, ánimo y firmeza: diplomático mas hábil que la diplomacia, desconcertó á Francia, fatigó á Austria; patriota italiano, hizo desde lo alto del Capitolio la señal de la agitacion amorosa en toda Italia; manifestó la virtud de la iniciativa y supo allanar todas las dificultades con rasgos de carácter. Los cardenales habian opi-

nado de viva voz con él en favor de una amnistía, y en el momento del escrutinio echaron todos en la urna bola negra: Pio IX se sonrió, se quitó su birrete de raso blanco y poniéndole sobre las bolas, dijo: «Yo las hago blancas,» y dió la amnistía. El Austria tenía en Roma el hábito de la dominación; Pio IX, viendo con mirada profética los grandes destinos á que la península debía ser llamada de nuevo, quiso reconciliar los pueblos por medio de instituciones que establecieran garantías de mutua confianza, para oponerlos á la ambición austriaca; abrió los calabozos, armó á los súbditos, luchó á la vez con la Francia, con el Austria, con los cardenales, con las piedras mismas del Vaticano que representaban la política de eterna inmovilidad, anunciando al rey de Roma que no podría abrir la mano sin desencadenar tempestades con las concesiones.

El pueblo saludó con lágrimas de gratitud la aparición del Pontífice que acometía aquella misión civilizadora; le consideró como una encarnación de su soberanía; hizo lo que no tenía precedente, una revolución pacífica de ovaciones, y respondiendo así á los anuncios de las tormentas, le erigió un arco con esta inscripción: *A Pio IX su pueblo siempre fiel.*

Pero tras de aquel período vino otro opuesto; el Austria recobró su ascendiente perdido; el que había protestado con tanta energía por un sencillo paseo militar del Austria en las calles de Ferrara, vió á los austriacos bombardear á Bolonia y á los franceses bombardear á Roma; el arco triunfal desapareció; Pio IX tuvo en vez de lo que le ofrecía la inscripción, un secretario, hijo de Terracina ciudad de la ribera de Nápoles, que se llama Antonelli; y los tiempos pasados volvieron, después de tan breve interrupción.

Durante ellos aun, es cuando nosotros hemos visto aquel país; no hemos conocido á S. S., que según nos decían, ha encanecido mucho en poco tiempo y cuya fisonomía ha perdido según parece la serenidad de otra época: pero conocimos á Antonelli, al hombre de mundo mas que de teología, el cardenal sin ser mas que diácono; cincuenta años próximamente, alto, enjuto de carnes, moreno, cara abultada, pelo crespo; todo ello envuelto en un exterior cortésano. Tratamos de observar la organización de aquel país, con su inquisición romana y universal á la cabeza, que conserva allí su última guarida, como un viejo castillo feudal que arrasado en espasmos de espantosos crímenes conserva un murallón negruzco y siniestro para dar testimonio de una horrible leyenda; con su visita apostólica; con sus instituciones, ya para velar por la ejecución del Concilio de Trento, ya para proteger la inmunidad eclesiástica ya de *propaganda fide*, ya para continuar el interesante índice espurgatorio; cuidar de los ritos; del ceremonial; de la disciplina regular; de las indulgencias y reliquias sagradas; del exámen de obispos; de los negocios eclesiásticos extraordinarios. Procuramos tomar alguna noticia de la Sagrada Consulta, Tribunal Supremo de revisión por un lado y al mismo tiempo dirección de sanidad; del Buen Gobierno tribunal de apelación para los negocios económicos de los distritos; de la Prefectura de aguas y caminos, de la económica, que se ocupa de todos los ramos de economía pública en vía legislativa; de la de estudios, que por cierto no se echó de menos hasta 1824; de la revisión de cuentas; del censo; del Tribunal penitenciario apostólico; de la Cancillería Apostólica; de la dataría; del Vicariato; de la Sagrada Rota Romana; del tribunal de Gracia; del de Justicia; de la Cámara Apostólica y sus diferentes divisiones y subdivisiones; del tribunal del gobierno, que es una superintendencia de policía, y de las innumerables dependencias de estos grandes brazos del tronco administrativo, tan imposibles de deslindar como las ramas de un árbol jamás podado, tan revueltas, tan retorcidas, tan enredadas, que tenemos por imposible que los mismos cardenales, encargados de toda especie de materias y asuntos, desde la misión de propagar una religión de paz, hasta la misión de organizar las armas para la guerra; desde la disciplina de la Iglesia, hasta la cuestión financiera y los asuntos propios de la municipalidad del Capitolio, se den cuenta de donde empieza y donde concluye lo eclesiástico y lo civil, lo gubernativo y lo judicial, lo militar y lo económico, lo interior y lo exterior, lo sagrado y lo temporal.

El gobierno clerical es necesaria y fundamentalmente malo. ha dicho uno de nuestros embajadores en Roma (1), cuyas doctrinas no son sospechosas de exageración; las ideas de la celda aplicadas á la sociedad civil; el régimen del convento constituido en sistema político, no pueden dar buen resultado, ni para los pueblos, ni para el clero. Roma es una prueba dolorosa de esta verdad, que no deja de reconocer por su propio peso toda persona que penetrando en aquella metrópoli, vea y observe, sin que empañen sus ojos ni el humo de la preocupación, ni el velo de la pasión hostil.

Acaso son insuficientes estas observaciones—que tendrían otro tamaño y otro carácter si estuviéramos escribiendo un artículo político,—para preparar convenientemente el lienzo en que debemos diseñar el carácter de la población de Roma, tan ligeramente como dejamos indicado antes de ahora el aspecto material de su comarca y de su centro. La índole de esta publicación nos obliga sin embargo á detenernos antes de apuntar siquiera consideraciones fundamentales.

(1) Don Jozquin Francisco Pacheco.—Italia, Madrid, 1837, Imprenta nacional.

Con lo que llevamos dicho se adivinará lo que es el pueblo romano; quien tiene tradiciones como él, no puede ser absolutamente lo contrario de lo que fue cuando hacia cabeza en todas las regiones de Europa; quien ha sido degradado por quince siglos de infortunio, y abrumado por tanta desgracia y tanto envilecimiento, no puede tampoco ser lo que ha sido; nadie como los españoles estamos en situación de comprender á los romanos; el que se haya representado lo que seria nuestro país, cuando no penetraba por sus fronteras ni una idea nueva, ni un pensamiento nuevo; cuando la Inquisición consideraba peligroso á todo el que miraba el porvenir; el que observe que aun no hemos podido borrar del todo aquí el sello que dura allá por entero, tiene mucho adelantado para adivinar lo que es el pueblo de Roma.

No hay allí como entre nosotros, como en Francia, en Inglaterra y en Alemania, clase media que tocando en la clase popular, toque y se confunda á la vez, á merced del saber, de la riqueza, de la industria, con la clase aristocrática; por un lado los descendientes de los hermanos y sobrinos de los pontífices, que en ciertos tiempos pasaban de su oscuridad á ser marqueses, condes y príncipes, deseando rivalizar con los Colonnas, los Orsinis y los Máximos; por otro lado, una plebe ignorante y perezosa de mendrales y mendigos, altiva y baja, indiferente y supersticiosa, orgullosa y grosera, cuya figura os recordará los bustos de los Gracos, de los Brutos y los Escipiones, las estatuas de Porcia y Julia, pero que os llamarán *eccellenza*, os besarán la mano y se arrodillarán á vuestros pies por algunos *bayocos*, con los cuales, antes que remediar su miseria y proveer á su deseo y desnudez, se proveerán de amuletos—generalmente cuernos—para garantizarse de vuestros maleficios, si os creen *gettatori*; y entre estas dos clases extremas, un pueblo de clérigos y de curiales, un ejército de frailes Bernardos, Carmelitas, Franciscos Dominicos, Trinitarios, Mercenarios, de todas las comunidades exceptuando una, la mas reflexiva de todas, la Compañía de Jesús; y una población movible de extranjeros de todos los países, hombres de estudio, artistas, viajeros por distracción y enfermos del pecho: esos son los habitantes de la ciudad de Roma.

Un pueblo que se compone de dos únicas clases extremas, sin punto alguno de contacto entre sí; mas aun, despreciadas ó aborrecidas una de otra, claro es que no tiene mas que dos sociedades; una de príncipes, cardenales y embajadores, mas ceremoniosa que culta, otra incivil y repugnante y ambas sin atractivo, cada cual por su estilo; el extranjero no encontraría un círculo de alguna inteligencia donde refugiarse, si veinte mil extranjeros no le esperaran poseídos de la misma necesidad que él.

Solo ciertos viajeros franceses tienen la facultad de penetrar con una mirada, desde la ventanilla de un wagon, las cualidades íntimas de los países que atraviesan á razón de catorce millas por hora, y de zurrir volúmenes con lo que ven en media docena de días; con mas reposo hemos estudiado nosotros en Roma, y sin embargo nos declaramos incompetentes para dar ó quitar dotes de que no estamos seguros, á un pueblo por el que hemos cruzado como las aves de paso. Presenta con todo, rasgos tan marcados, que no se necesita una gran penetración para recogerlos fielmente; basta frecuentar un café—cuyo interior y cuyo servicio están muy por bajo de los mas descuidados de Madrid—para notar talento y viveza, inteligencia y gracia en las conversaciones; basta observar las infinitas administraciones de lotería que allí hay y el ansia con que á hora avanzadas de la noche se agolpa la multitud á tomar billetes la víspera de los sorteos, para confirmar la idea que luego se forma, de lo propenso que es el romano á fiarlo todo á la suerte, con la esperanza de que le proporcione grandes ganancias con poco esfuerzo y en poco tiempo; de su repugnancia á cualquier especulación difícil que le brinde con un bienestar, hijo de la economía y del trabajo; en ninguna parte es responsable la lotería de la miseria y los vicios del pueblo, como en Roma, donde este juego constituye una verdadera pasión; basta cruzar por el *Corso* ó la *Via Condotti*, para convenirse de que no es en Madrid donde mas extendido está un infame comercio que marca la relajación de las costumbres; basta recorrer las tiendas, que pasan por mejores, para conocer que allí no produce la industria, que allí no hay clase media, no hay necesidades, no hay consumo; en los almacenes mas brillantes del *Corso*, no se encontrará objeto alguno notable que no sea extranjero; los guantes son de Nápoles, las sillas de Génova, el calzado y las ropas de Marsella ó de Lion; lo único indígena, es el santo colocado en un altar, y alumbrado comunmente por velas ó faroles, para presidir á todo establecimiento público verdaderamente romano, desde los cafés y las *Tratarías*—fondas—hasta los puestos de agua, que buscando en todos los casos la invocación análoga á cada especulación, suelen tener pintado un Moisés hendiendo la peña y haciendo brotar el agua, con esta inscripción debajo: *bibat populus*.

Pueblo que así se halla claro es que se cuida menos aun que nosotros, de uniformar sus pesas, sus medidas y su moneda; la de España es allí tan nacional como aquí los napoleones; si se quieren reunir onzas de oro, no hay como ir á Roma por ellas,—siempre que no se proponga el cambio por los escudos isabelinos de 100 rs., únicos que no tienen curso;—si se quiere ocupar la imaginación con operaciones aritméticas, no hay como manejar pau-

los y *bayocos*; preferimos los thalers y aun los silbers-grochen alemanes. Pero es mas aun; Roma y Nápoles conservan la antigua costumbre de contar las horas por veinte y cuatro, á partir de la primera después de ponerse el sol; ese horario, comun á casi todos los relojes, es causa de confusión para el extranjero, que cuando tenga una cita para las dos, por ejemplo, debe comprender que no es para las dos de la tarde, sino para dos horas después de puesto el sol; es decir, para las diez de la noche en verano. Pedir asociaciones mútuas, donde hay banqueros, pero no hay comercio ni industria, sería pedir un absurdo; en cambio se cuentan mas de sesenta cofradías, que absorben toda la población, como que la hay que se compone de diez mil individuos; acudir á los llamamientos de esas cofradías, suele ser la ocupación mas seria de los grupos que fuman su pipa, recostados en todas las esquinas.

Esta inclinación á no moverse debe ser una de las causas principales de que en los bellos paseos del *Monte Pincio* y la *Villa Borghese*, se encuentren ingleses, rusos, franceses, alemanes, españoles, americanos; pero pocos ó ningun hijo de Roma, que, según parece, no tiene mas que tres días de animación en todo el año; los del Carnaval; pero desde 1850, hasta el Carnaval muere á manos de la policía con la prohibición de la careta.

Algo, sin embargo, le hace vencer su pereza; el teatro, frecuentado allí, como en toda Italia, por el pueblo alto y bajo. La afición á la comedia y á la ópera son generales, y á pesar de esta afición, no hay en Roma ningun teatro de primer orden; el de *Apolo* y el de *Argentina*, no pasan de medianos, son sucios y oscuros; los demás hasta llegar á las farsas de *Policinela*, son aun peores y mas reducidos. De aquí que la cuestión de abonos sea una cuestión grave, en que interviene el gobernador de la ciudad—allí hay gobernadores para intervenir en todo—y con sujeción á reglas fijas, resuelve quién tendrá derecho á un cuarto de turno y quién á un palco de este ó del otro piso; en ellos se reciben visitas como en casa, sencillamente, sin aparato, sin que las señoras se tomen el trabajo de ponerse trajes ni adornos especiales como necesitan hacerlo para concurrir á los demás teatros de Europa. Pero si los locales de las diversiones escénicas son malos, los cantantes suelen ser de primer orden, los actores buenos (pues que los italianos tienen disposiciones felices para lo bajo como para lo sublime) y el conjunto de la escena mucho mas esmerado y muy superior á lo que estamos acostumbrados á ver en Madrid. A Roma que tiene teatros regulares y actores buenos y público aficionado, le faltan en cambio autores dramáticos, como le falta ya toda especie de literatura: allí no hay que buscar un libro nuevo, como no sean los de teología; allí no se encuentra ya ningun poeta; la poesía está comprimida en las frentes de la juventud ilustrada y generosa, que llena de nobles sentimientos, no puede desahogarlos mas que en las sociedades secretas, refugio de todos los que hace tantos años tienen por único pensamiento la resurrección de la jóven Italia. Si no se publicara el *Diario de Roma*; si la enmañada madeja del gobierno pontificio no fuera tan pródiga en expedir por sus infinitas secciones una *Notificazione* á cada hora; si el *Indice espurgatorio* cesara en su eterna tarea, si los extranjeros no consumieran cada año una edición de la *Guía*, Roma, en su estado actual, podría pasarse muy bien sin un solo alfabeto de imprenta, como se pasa sin mas librerías que las destinadas á expender las obras extranjeras que logran el exequatur para la venta. Los teatros, pues, se alimentan de traducciones francesas y de alguna imitación florentina, entre las cuales presenciamos en el teatro *Valle*, el éxito de *Le Scimmie* del abogado Gerardo della Testa, autor de muchas obras dramáticas bastante aplaudidas.

Algo podríamos y algo pensábamos decir en esta ojeada de actualidad, del ejército pontificio, de aquellos irlandeses dirigidos desde el *Hotel Minerva* por el jefe que tan brevemente los mandó; de los alistados en las legiones de Lamoriciere, franceses en gran número y legitimistas casi en la totalidad de los franceses, que daban expansión imprudente á sus ideas en los gabinetes de *Spilman*, en la *Via Condotti*; pero los sucesos son mas elocuentes que nuestras observaciones y la desgracia nos impone silencio.

En punto á soldados no podemos ya hablar mas que de los que componen el ejército de ocupación francesa; nuestra misión aquí no es examinar los resultados de aquella guarnición, bajo el punto de vista político, pero sí podemos considerarlos en otro concepto. Un cuerpo extranjero numeroso dentro de una ciudad por espacio de diez años, debía necesariamente ejercer alguna influencia en un pueblo como Roma; y en efecto, no solo ha empezado á influir lentamente en las costumbres, sino que ayudado por los viajeros extranjeros, ha logrado estender su idioma hasta el punto de que se habla ya allí tanto francés como italiano: un hombre como Napoleón, debía también procurarse alguna compensación positiva de la guarnición de Roma, y en efecto, desde el material del ferro-carril hasta la última prenda con que se equipó el ejército del Papa, desde las telas hasta la mayor parte del tabaco, todo es obra de la industria francesa, todo ha sido especulación del comercio francés, que tiene en aquella ciudad un mercado importante.

Ya que la condición de estos artículos nos obliga á desechar un recuerdo á cada línea, con la presente cor-



FAC-SIMILE DE UN GRABADO AL AGUA FUERTE DE ADRIAN VAN-OSTADE.

pronto con la muerte, que Italia, la tierra prometida de los viajeros, de todas las naciones, siga esperando siempre su regeneración. La Providencia parece dispuesta á sacar de su letargo á aquella descendencia de dioses ó semi-dioses, á aquel pueblo, que despues de haber dado impulso á muchas generaciones del universo, lleva tantos siglos descansando de su prodigiosa actividad.

Las naciones á quien Italia puso en el camino de la civilización la despiertan hoy para advertirla su atraso, para anunciarla que la causa del siglo XIX y el movimiento que la empuja, es el espíritu del Evangelio: que si la Europa se dirige al porvenir, es porque otra vez mas dice como marcha á las cruzadas: ¡Dios lo quiere!

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS.

UN BUQUE POR DENTRO.—DESDE LA ESTAMPA DE POPA AL PALO MAYOR.

(CONTINUACION.)

Este asiento que se extiende del uno al otro costado del buque apoyado contra la estampa, que le sirve, digámoslo así, de respaldo, es el gallinero. A la salida del puerto se halla por lo general regularmente provisto, con especialidad si van pasajeros á bordo; pero se va despoblando lentamente á medida que la necesidad ó el deseo del capitán lo exigen. La tripulación no tiene asegurada su salud, y como en medio del Océano no se han establecido aun mercados de gallinas, es indispensable llevarlas en el buque para que, en el caso de enfermar alguno de sus tripulantes, no largue las amarras por falta de buenos caldos. Además, hay en las embarcaciones dias de regocijo y de solemnidad lo mismo que en tierra y es preciso distinguirlos añadiendo á la comida un plato extraordinario. Debo advertiros, para descargo de mi conciencia, que, fuera de los casos de enfermedad grave, aunque todas esas aves caseras pasen del gallinero á la cazuela no le tocará á la gente de proa, nombre con que se designa el conjunto de marineros, grumetes y pa-jes, mas que el olor y las plumas.

Esa pieza de madera que entra en el buque por la mitad de la popa, á las inmediaciones del gallinero, es la estremidad superior del timon que se halla unido por medio de goznes al buque en la prolongación vertical de la quilla llamada *codaste* como lo están las hojas de una puerta á su marco. Con el auxilio de esa rueda que veis en frente á corta distancia, colocada verticalmente en la

tariamos esta conversacion desordenada, si el recuerdo de la Roma antigua, superior á todos los demás recuerdos, y la gratitud que debemos al lector, que haya seguido con paciencia la confusión de noticias que le anunciamos para no engañarle, no nos moviera á pagar su benevolencia con un consejo: si alguna vez le ocurre la idea de ver la ciudad eterna, no deseché el pensamiento, procure realizarle, seguro de que si la ve, aquel viaje será el predilecto de su vida, aquella visita la que mire cada dia con nuevo encanto: Lóndres admira por su grandeza y por lo colosal de sus empresas; París seduce por la reunion del lujo y de los placeres; Roma no hace mas que entristecer con la ruina de sus maravillas, pero ni París ni Lóndres se graban en el corazón del viajero como la ciudad eterna, cuyo nombre leído al revés es el emblema del sentimiento que se experimenta al dejarla: AMOR.

Tristeza de peor género es la que se experimenta al contemplar la ciudad viviente; cada viajero desapasionado que la visita, cualesquiera que sean sus doctrinas, es de seguro una voz mas que clama porque aquello salga de su atonía y se salve de la consunción que lo aniquila; solo entre los que no han tocado de cerca aquella situación, puede haber quien sostenga de buena fe que Roma no necesita regenerarse.

Aquella tierra desierta, aquellos campos yermos, aquellos bosques talados que favorecen los fuertes estragos de las enfermedades, reclaman un cultivo esmerado, que seria, con otras medidas que debia tomar un gobierno, el medio de disminuir la mortandad.

Aquella campiña abandonada está pidiendo lo que necesita para que los pocos habitantes que vagan por ella, envueltos en pieles de carnero, calzados con andrajos atados por cuerdas, cubiertos con un sombrero cónico de color pardo, no se vean frecuentemente obligados por la miseria á recoger por las calles de la ciudad los desperdicios mas repugnantes con que matar el hambre.

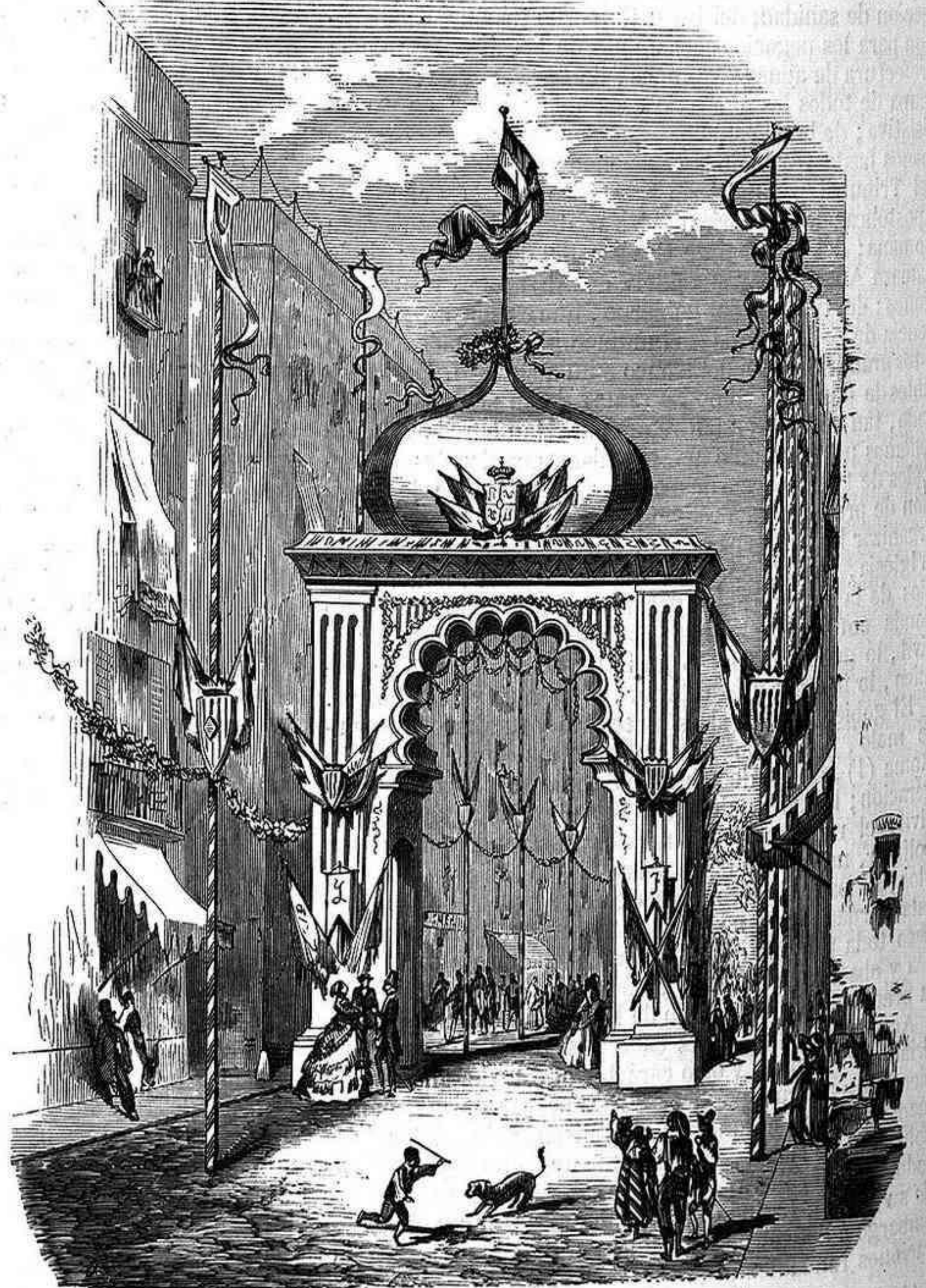
Aquellos romanos, aquellos transteverinos, que á la otra parte del Tiber conservan todavía una analogía moral y física marcada con los ciudadanos de las épocas gloriosas de la república; que parecen estatuas antiguas bajando de su pedestal y buscando quien los proporcione ocasion de mostrar lo que valen, no deben, pasando por emancipados, continuar teniendo suerte mas infeliz que los esclavos del pueblo rey.

Aquellos habitantes de otros cuarteles que llevan una existencia triste y miserable, que viven en casas apenas amuebladas, donde falta lo necesario, tienen derecho á

que haya quien piense que no son desheredados de una época en que la sociedad va aspirando y caminando al mayor grado de bienestar posible.

Aquellas ruinas exigen cuidados, aquella ciudad policía urbana, aquellos habitantes educación, aquellos brazos trabajo provechoso, aquel país reformas, inmensas reformas. Aun dicen sus hijos con orgullo: «Soy romano de Roma.» expresando así un mundo de recuerdos é indicando otro mundo de presunciones: donde hay este espíritu hay todavía un pueblo que puede revivir.

Al digno, al bueno, al simpático sacerdote que se sienta en la silla de San Pedro, corresponde acaso el pensamiento de crear un gobierno civil para las cosas temporales de aquellos Estados, como un gobierno eclesiástico para las cosas eclesiásticas del mundo; de sacar á aquella aristocracia de su nulidad, á aquella clase acomodada de su impotencia, cuando no se viste con el traje de abate, á aquella multitud de su ignorancia, en medio de la cual cae la semilla de las ideas revolucionarias. Si la fatalidad ha hecho que allí no haya aun mas que polvo de tumbas ó lava volcánica, que la ciudad inmortal tenga una vida que se confundiría



ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN BARCELONA EN LAS FIESTAS REALES.

dirección
en con
caña,
lenguaj
re cam
derecha
Las p
y cierr
el pilot
de orde
can, la
el buque
clinarse
el lado
alejarse
por la
le man
trario,
cera qu
ña á la
la izqu
la últim
cline cu
sible al
se le de
añaden
á babor
bor, si
entendi
clinacio
sobre e
que ante
Desde
to que
cación
meter á
anclas p
se á la
que las
en el pu
destino
cualquie
la necesi
gue á en
ribada, v
tanteme
esa ruela
rinero c
móvil, á
mano de
uno de l
fija su v
en la p
en ese p
cho ab
partepos
claraboya
del cual
brújula,
de mare
la llama
mente, la
marcand
en que
var el bu
las ins
que hay
del pilot
marinero
ma el tin
á bordo
ginete so
ballo que
tantemen
das en la
hacerle c
la direc
cumple
nes.
El car
monel esp
mo de un
tancia m
cendental
confía, p
mente en
tos de p
marineros
mente se
verse, sol
grandes e
Mientr
abandonad
si el buque
en los de
camarada
que esté
todas est
pesa sobr
neles se
mas cort
lo exigen,

dirección de los costados y con la cual se halla el timon en contacto por medio de una barra de hierro llamada la *caña*, se le mueve á la derecha ó á la izquierda, ó en el lenguaje marítimo á estribor ó á babor, cuando se quiere cambiar la dirección del buque á la izquierda ó á la derecha de la línea que antes seguía.

Las palabras *orza*, *arriba*, *caña á babor* ó *á estribor* y *cierra en banda*, dirigidas al timonel por el capitán ó

el piloto á manera de órdenes, significan, la primera que el buque debe inclinarse más hácia el lado del viento ó alejarse de la costa; por la segunda se le manda lo contrario, por la tercera que lleve la caña á la derecha ó á la izquierda y por la última que la incline cuanto sea posible al costado que se le designe, si se añaden las voces de á babor ó á estribor, sin lo cual se entiende que la inclinación ha de ser sobre el costado á que antes lo estaba.

Desde el momento que una embarcación principia á meter á bordo sus anclas para hacerse á la mar hasta que las deja caer en el puerto de su destino ó en otro cualquiera en que la necesidad le obligue á entrar de arribada, vereis constantemente junto á esa rueda un marinero de pié, inmóvil, apoyada su mano derecha sobre uno de los radios y fija su vista, bien en la proa, bien en ese pequeño nicho abierto en la parte posterior de la claraboya, dentro del cual se halla la *brújula*, ó la aguja de marear como se la llama vulgarmente, la cual le va marcando el rumbo en que debe llevar el buque según las instrucciones que haya recibido del piloto. A este marinero se le llama el *timonel* y es á bordo lo que el ginetete sobre su caballo que lleva constantemente las bridas en la mano para hacerle caminar en la dirección que cumple á sus fines.

El cargo de timonel es por lo mismo de una importancia muy trascendental y solo se confía, particularmente en momentos de peligro, á marineros experimentados y que tengan, como comúnmente se dice, buenos puños, porque el timon para moverse, sobre todo cuando el mar se halla agitado, exige grandes esfuerzos.

Mientras el timonel desempeña su servicio, no puede abandonar un solo instante la rueda, ó la caña del timon si el buque no tiene rueda, como sucede por lo general en los de poco porte; ni debe, en rigor, hablar con sus camaradas á fin de no distraerse, ni fumar su pipa aunque esté tiritando de frío. El servicio del timon es, por todas estas razones y por la grande responsabilidad que pesa sobre el que lo desempeña, muy penoso y los timoneles se relevan por lo mismo cada hora, ó á periodos más cortos si el mal tiempo y la fuerza de la marejada lo exigen, y mientras lo desempeñan están completamente

á la intemperie, porque ni aun pueden abrigarse con prendas de ropa capaces de embarazar sus movimientos.

Compadezcámosle, y continuemos nuestra revista.

Esas dos pipas pintadas de verde (el color varía según el gusto del capitán) que se hallan fuertemente trincadas ó amarradas á la obra muerta, en uno y otro costado, no muy lejos de la entrada de la cámara, con una puertecita en su parte superior y un tanque de zinc ó de lata

bien porque se desfonden ó se filtren algunas de las pipas, el agua llega á escasear á bordo hasta el punto de dársela al marinero tasada y en cantidad más ó menos corta, cerrándose los almacenes con llave, si la tienen, y los hombres se mueren de sed en medio de las aguas. De algún tiempo á esta parte, los buques de alguna importancia están provistos de aparatos de filtrar y destilar, para mejorar con los unos el agua corrompida y convertir con

los otros en potable el líquido acre y salobre que los circunda por todas partes.

Este palo, el primero que encontramos caminando de popa á proa y que se eleva casi verticalmente sobre la cubierta á una altura considerable, se llama el *palo mayor*, y tanto él como el que le sigue, denominado *palo trinquete*, están compuestos de tres ó de cuatro trozos, colocados unos sobre otros, y enlazados por sus extremos y por delante, de modo que pueda subirse y bajarse el último, sin mover al que le sigue, y este sin tocar al que se halla más abajo.

Los primeros trozos de uno y otro palo, á partir de la cubierta, se llaman los *palos machos*, y los tres restantes, *masteleros de gavia*, *de juanete* y *de sobre-juanete*, y van siendo cada uno más corto y delgado que el anterior. El último, solo se coloca dentro de los puertos ó con tiempos muy bonancibles en buques como el *Relámpago*.

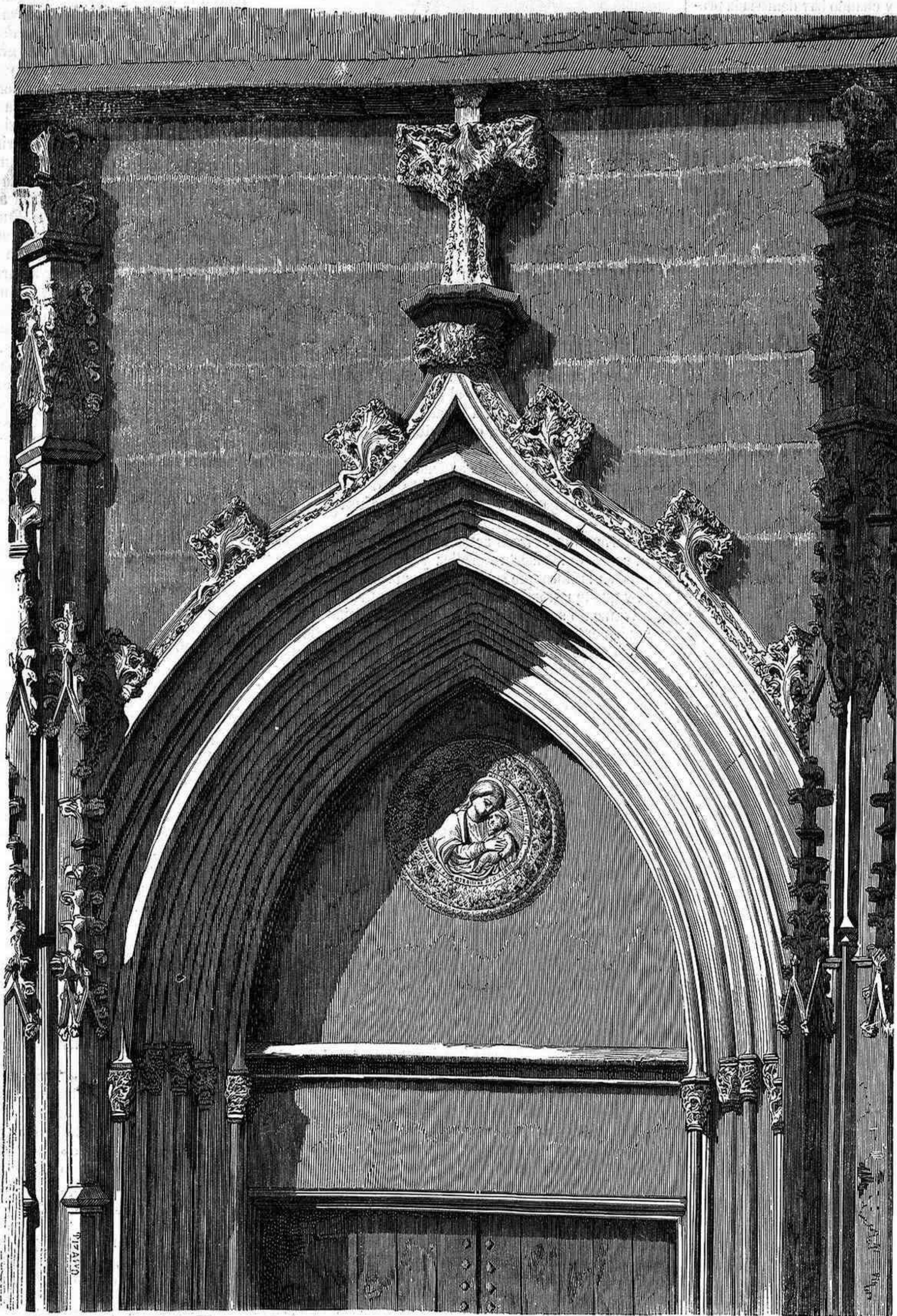
Aquella rodaja de madera en que termina el último de los masteleros, se llama la *perilla*. Cuando oigáis decir que un marinero ha subido al *tope* de tal ó cual palo, tened entendido que llegó á su estremidad superior, ó á su *perilla*.

Los trozos de que cada palo se compone, están enlazados entre sí por dos piezas de madera ó hierro más ó menos distantes. Todas las superiores tienen, como veis, una misma forma con dos agujeros, cuadrado el uno, que se ajusta á la estremidad superior del trozo más bajo, y re-

dondo el otro, para que el mastelero que entra por él pueda subirse y bajarse á voluntad: estas piezas se llaman *tamborettes*. Las inferiores varían de forma y de nombre: las que enlazan los palos machos con los masteleros de gavia, se llaman las *cofas*, son, como veis, grandes y semicirculares; próximamente puede andarse sobre ellas con desahogo, y en los buques grandes tienen una balastrada al rededor, y sirven de estancia ordinaria á los gaveros, cuando no se hallan ocupados en las velas; las demás se llaman *crucetas* de gavia ó de juanete, según el mastelero más bajo en que se hallan colocadas, y tienen próximamente una misma forma.

Al conjunto de los palos y masteleros de un buque se le denomina su *arboladura*.

El buque se *guinda* ó se *desguinda* cuando se le ponen



PARTE POSTERIOR DE LA PUERTA PRINCIPAL DEL CONVENTO DE LA TRINIDAD.—VALENCIA.

amarrado á sus inmediaciones para que no se venga al suelo con los movimientos del buque, son los *almacenes* del agua potable. Se llenan en el puerto de salida y cuando el líquido que contienen se agota, vuelven á llenarse con el agua de otras pipas guardadas bajo cubierta y conservadas con especial cuidado.

En los primeros días del viaje el agua se marea, se enturbia notablemente y adquiere un gusto muy desagradable; cuando es buena, se purifica después y recobra todas sus propiedades primitivas; pero en caso contrario, hay que beberla medio podrida todo el viaje ó mientras no se arrije á un punto en que pueda el buque *hacer aguada* ó llenar sus pipas en mejores fuentes.

Sucede á menudo que, bien porque las calmas y los vientos contrarios prolonguen el viaje más de lo regular,

ó se le quitan sus masteleros, y estos se calan cuando se les baja mas ó menos á lo largo del palo ó del mastelero á que se hallan enlazados por la parte inferior.

Esas escalas de cuerda que van desde la obra muerta hasta los palos machos en la inmediacion de las cofas, que suben despues á estas, que ascienden á lo largo de todos los masteleros haciendo un avance hácia afuera en cada cruceta, se llaman las *jarcias*, y las piezas de madera unidas á la obra muerta de donde arrancan, *mesas de guarnicion*. Por ellas suben los marineros con increíble rapidez hasta los topes, y cuando hay demasiada prisa, suben y bajan cual si fuesen ardillas, por cualquiera de esas cuerdas ó aparejos que descienden de los palos.

Esas cuatro velas casi cuadradas, aunque mas anchas en la parte inferior que en la superior, que veis en cada palo, colocadas las unas por encima de las otras, y que corresponden respectivamente á cada uno de los cuatro trozos en que los palos se dividen, reciben, principian-do por las inferiores, el nombre genérico de *trinquetes* ó *mayores*, *gavias*, *juanetes* y *sobre-juanetes* ó simplemente *sobres*, y por encima de estas suelen colocarse otras velas de reducida superficie llamadas *periquitos*, que se usan muy rara vez, á no ser que los capitanes sean amigos de pintar la cigüeña. Para distinguir entre sí las de un mismo género pertenecientes á cada palo, se les dan los nombres particulares de mayor, gavia, juanete mayor y sobre-juanete mayor á las cuatro del palo que estamos examinando, y los de trinquete, *velacho*, *juanete* de proa y sobre-juanete de proa á las del palo trinquete.

Cada vela se halla sujeta, como veis, ó *envergada* por su parte superior á una percha horizontal enlazada al palo ó al mastelero por su punto medio con una abrazadera de hierro que la permite bajar, subir y girar en todos sentidos: estas perchas se llaman las *vergas*, á sus dos extremos *penoles*, y las cuerdas con que los ángulos inferiores de cada vela se hallan sujetos á la verga que tiene por debajo se denominan las *escotas*, y se dice que se *cazan* ó se *arrian* cuando se estiran ó se aflojan. Cuando las vergas están desprovistas de sus velas, forman en cada palo cuatro cruces, y se distinguen entre sí con el nombre de la vela que sostienen. Ya veis que disminuyen en grueso y longitud á medida que están mas altas.

La pena mas terrible que se puede imponer á un criminal perteneciente á la marina es ahorcarlo del penol de una verga, castigo muy comun en otro tiempo, pero que en el dia se economiza bastante, particularmente en la marina española.

Esas cuatro pequeñas velas largas y estrechas que lleva ahora el *Relámpago* por uno de sus costados, y que caen por fuera de las demás, las dos primeras desde las vergas de gavia hasta las de trinquete, y las dos segundas desde estas hasta la altura de la obra muerta, se llaman *alas* y *arrastraderas*. Cuando el viento es escaso y se navega en popa, se largan las de las dos bandas y el buque se parece entonces á una montaña de lona. Las delgadas varas á que se hallan envergadas ó amarradas por la parte superior estas ocho velas supletorias, se denominan *botalones de ala*, y cuando estos están sin ellas, se introducen á lo largo de las vergas, por cuyas estremidades salen, hasta tocar con el palo ó con el mastelero, cerca del cual se levantan un poco sus puntas.

Las dos velas trapezoidales que, unidas una á cada palo, desde la altura de la obra muerta hasta la *encapilladura* de las jarcias, se dirigen de proa á popa, saliendo bastante fuera de la estampa la que arranca del palo mayor, se llaman *cangrejas* ó *bergantinas*, y á la de popa se la designa generalmente con el nombre de *mayor*. Las vergas á que se hallan unidas por la parte superior, y que forman con el palo dos ángulos, agudo el de arriba y obtuso el de abajo, se denominan *picos*, y la que vá horizontalmente desde el palo mayor hasta fuera de la popa, un poco mas alta que la obra muerta, y á cuya punta se halla sujeto el ángulo inferior saliente de la mayor se llama la *botavara*. En el pico de la *mayor* *izan* los buques mercantes el pabellon nacional.

Cuando, á causa de la escasez del viento y de la inquietud de las olas, los balances del buque, ó lo que es lo mismo, los movimientos que hace inclinandose alternativamente sobre cada uno de sus costados, son demasiado violentos, ó cuando la *mayor*, girando á manera de charnela al rededor del palo, entre jarcia y jarcia, se inclina á babor ó á estribor para que reciba el viento mas ó menos de lleno, guardaos de permanecer cerca de la botavara, si apreciáis en algo vuestros hombros y vuestras cabezas, porque al girar destroza cuanto encuentra, y lo comprendereis perfectamente, con solo mirar sus extraordinarias dimensiones.

Esas cuerdas gruesas que bajan oblicuamente desde la estremidad superior de los cuatro trozos del palo mayor al de trinquete, terminando la mas baja al pié de este, se llaman *estais*, tienen por objeto impedir que los masteleros de aquel palo se inclinen hácia popa y en ellos se envergan unas velas triangulares ó de cuchillo, muy á propósito, cuando el buque navega de bolina, para que corte con mas facilidad el viento.

Enteraros de los nombres y de la aplicacion de tantas y tantas cuerdas y aparejos como bajan y se cruzan en todas direcciones, y que constituyen lo que en lenguaje figurado llaman los marinos la *cabellera* de su buque, sería tarea demasiado larga, y sobre larga, pesada é infructuosa, puesto que fatigaria vuestra memoria para que á los diez minutos os olvidáseis de todo.

Y ya que hemos recorrido próximamente la mitad del buque y el sol calienta algun tanto y la *mayor redonda* nos ofrece su sombra y el viento y la mar nos convidan con su agradable y vivificante frescura, dejemos caer aquí las anclas, sentémonos unos instantes, tomaremos un tanque de café, que Ceferino cuidará de prepararnos y traernos

Fondo, pues, queridas mias.

EL CAPITAN BOMBARDA.

VALENCIA.

CONVENTO DE MONJAS DE LA TRINIDAD.

A la izquierda del Turia, y frente al puente y puerta de la ciudad, á quien dió su nombre, se levanta el antiguo y célebre monasterio de monjas de la Trinidad, de la órden de San Francisco. A decir verdad, no se anuncia al espectador ó visitante con la pompa artística y atractivo de la catedral y la Casa Lonja. Una simple tapia encierra el patio de entrada; sobre ella descuella la nave de la iglesia, cuyo modesto ábside mira á Oriente, sin frontispicio á la parte opuesta, la cual da al huerto del monasterio. La puerta principal de dicha iglesia, cuyo grabado figura aquí, se abre en el muro lateral de la nave por su parte meridional; pero sin lucimiento ni desahogo, pues encajonada en el angosto patio, y cubierta ademas por cipreses y álamos, de que está plantado aquel estrecho recinto, se niega avaramente al goce de la vista, y á los esfuerzos de la fotografía, á la cual solo en secciones, y por decirlo así, á pedazos, consiente le arranque sus bellezas. Estas se hallan prodigadas, como en la mayor parte de los monumentos de aquella época, y se necesita poco para reconocer en ella el gusto y delicadeza de la puerta de la Lonja, aunque no con tan profusa ornamentacion.

Su forma ojival ofrece arcos concéntricos en degradacion, conservando cierta sencillez y gravedad. Apenas se manifiesta la línea que sustenta la cruz en el arco superior, y que tan grandes proporciones adquirió en el desenvolvimiento sucesivo de este estilo, y las hojas de berza menudamente rizadas que forman la crestería de dicho arco, lo decoran delicadamente, contribuyendo asimismo á la creacion de un agradable conjunto los pequeños capiteles de las columnitas, caprichosamente enlazados por el agudo cardo. A derecha é izquierda hay dos refuerzos prismáticos, resultantes de la union de otros mas pequeños, los cuales terminando á diversas alturas en pináculos adornados de cresterías, dan al refuerzo un hermoso remate piramidal, sobre el cual descansa la acostumbrada cruz de hojas de col rizadas. En medio del tímpano de la ojiva, un medallon encierra una linda imagen de la Virgen con el Niño Jesús, de delicada escultura, y cuya orla, ricamente formada de frutas, ofrece como aquella, un ejemplar del renacimiento. A pesar de lo que mas abajo indicamos con referencia á la época de su hechura, bajo la fe del historiador, cuyas palabras testuales citamos, tal vez difiriéramos de su opinion á vista del carácter del presente detalle, y lo atribuiríamos á algun artista mas moderno que el que en tiempo de la regia fundadora levantó los pináculos y refuerzos de esta bella puerta.

El monasterio de la Trinidad descuella en la crónica religiosa edetana por las circunstancias de su fundacion y categoría de los fundadores. Cuando el rey don Jaime I enarbó el lábaro de Jesucristo sobre los minaretes de Valencia mora, uno de sus primeros cuidados fue recompensar con real munificencia á cuantos habian contribuido con su valor, caudales ó tropas á tan importante conquista. Entre los principales agraciados se contó el noble Guillen de Escrivá su secretario, y de su Consejo de Estado y Guerra, á quien, fuera de otras mercedes, donó el lugar de Patraix, y envió embajador á Castilla. Este cumpliendo una disposicion testamentaria de su hijo Guillen Escrivá, fundó un hospital bajo la advocacion de San Guillermo (Guillen en valenciano) el cual ocupaba parte del área del actual monasterio, y que dió á sí mismo su nombre al arrabal comprendido entre las calles de Alboraya y Murviedro. Confió el fundador la direccion de aquel piadoso establecimiento á los padres trinitarios, quienes lo conservaron por espacio de casi dos siglos, es decir, desde 1256 hasta 1445.

Cuando los asuntos miliars y políticos llamaron á don Enrique III á aquel reino, dejó por lugarteniente general de la corona á su esposa doña Maria. Las crónicas y memorias de aquella época pintan á lagobernadora en extremo severa y circunspecta, muy dada á las prácticas devotas, y manifestando afecto especial á los institutos monásticos.

Mereció singular predileccion el de San Francisco, y prendada de la situacion amena y agradable del convento de San Guillen, no muy distante del Palacio Real, su habitual residencia, quiso habilitarlo para retiro suyo. Su marcada preferencia á los franciscanos le sugirió la idea de desalojar á sus actuales habitantes y reemplazarlos por monjas de la Orden de su devocion. En su consecuencia, el padre Juan Lobets, franciscano, en nombre de las monjas de Santa Clara de Gandia, destinadas á poblar el monasterio, tomó posesion de él, y en

22 de enero de 1445 lo ocuparon dichas religiosas en número de diez y siete.

Tranquilas poseedoras del edificio, comenzaron á sentir los efectos de la alta y decidida proteccion de la real fundadora, quien con incansable teson trabajó en elevarlo á la categoría de los mas grandiosos y opulentos, de manera que no desdijese del objeto primordial de su creacion, que era la de una morada real donde brillase la magnificencia de la forma y de la materia, unida al carácter religioso en él dominante. Resultado de lo primero fueron la iglesia, la sala capitular, y la habitacion particular para su persona y comitiva dentro de la clausura, llamada aun hoy dia *el tocador de la reina*, y finalmente la puerta gótica de nuestro grabado. En todas ellas desplegó un notable lujo artístico, siendo en particular la iglesia enteramente de piedra sillería, y de un gusto bastante castigado, aunque sencilla en su ornamentacion. Resultado de lo segundo la casi desnudez del edificio, como hemos hecho observar al principio de este artículo, y ciertamente no revela el monumento una voluntad soberana, sino la pobreza de una asceta, á escepcion de la puerta, y aun con referencia á esta, si hemos de dar crédito á un historiador (1): «Fue tan moderada (la reina) en las glorias tan debidas á su real persona, que en la hermosa y bien labrada puerta de la iglesia de este su monasterio, no quiso poner las armas de Castilla y Aragón, sino un óvalo (2), y en medio una perfectísima imagen de María Santísima, que aun permanece.»

La proteccion de la reina grangeó al monasterio de la Trinidad consideracion y honores.

Trece años vivió la reina doña Maria despues de la instalacion de sus monjas franciscanas en el convento de la Trinidad, cuyo esplendor y adelantos no cesó de promover hasta su muerte, acaecida en 4 de setiembre de 1458, siendo de cincuenta años en el citado palacio del Real, con la notable circunstancia de haber vivido solo dos meses y siete dias mas que su esposo don Alfonso V, fallecido en Nápoles en el castillo del Huevo el 27 de junio del citado año.

En estos últimos años el monasterio de la Trinidad ha corrido la suerte de los otros y sufrido los efectos de la desamortizacion. Por lo demás, no deja de aparecer venerable en sus restos, y grandioso en sus recuerdos, conservando entre otros ilustres; los sepulcros de la real fundadora, de la citada infanta doña Maria de Aragon, de don Alorso Castrioto, nieto del célebre guerrero Jorge Castrioto, príncipe de Albania, conocido por *Scanderberg*, y de la madre de aquel, dama de honor de doña Beatriz de Hungría, hija de don Fernando I, y de doña Juana de Nápoles.

No nos detendremos en desenvolver la historia de las vicisitudes, que trageron á vivir á Valencia, y encontrar su tumba en el convento de la Trinidad, á personajes extranjeros de tan elevada alcurnia, y de nombre tan ruidoso en el mundo. Esto nos llevaria muy lejos. Baste dejar consignado un hecho notable, y el cual confirma la importancia que damos al monasterio de la Trinidad de Valencia, como monumento histórico y artístico, y la justicia con que le concedamos honrosa acogida en las columnas del Museo.

P. PEREZ.

¿QUID FACIENDUM?

DEDICADO Á MI ESCELENTE AMIGO G. HUMBERT.

¡Oh, amado Teótimo! ¡Si supieses que regaladamente estaba yo en ese planeta deleitoso que llaman los terrestres Luna, cuando no era mas que un rayo de la luz creada, es decir, un alma en cueros...!

Pero una tarde ¡*proh dolor!* mientras recostado en un lecho de plumon caido de las alas angélicas, dormia la siesta, oí una voz comparable por lo rechinante y agria á los coros de zarzuela cuando afinan, que aulló en tono imperativo:

—¡*Hora est nascendi!* ¡*Sursum!*

—¡Maldita sea tu estampa! dije *in mente*, al ver junto á mí á la VIDA MORTAL: y sin pestañear siquiera me volví del otro lado.

—¡*Sursum, spiritus piger!* repitió la muy cócora largándome un puntapié.

Recibirlo, esclamar: ¡caracoles! y encontrarme en brazos de una comadre que encarnizadamente agarrotaba mi tiernecito abdomen con multitud de infantidas fajas, cual si yo hubiese podido fugarme, todo fue obra de un momento.

¡Nací...! y me eché á llorar á grito herido.

Mi llanto y mis vagidos querian decir lo siguiente: *mutatis mutandis*.

¡Oh vida mortal tirana y cobarde! ¡Oh, vida mortal traicionera! ¿Así entiendes tú ¡infame! la administracion de justicia...? ¿No era yo un alma decente y honrada, no tenia en regla mi carta de vecindad...? ¿Me metia yo con nadie, casamentera de Satanás, trapalona de siete suelas? ¿Por qué me condenaste á casarme con este cuerpo indiano, que llevo á remolque, sin respetar mi aficion al estaido honesto? ¿Por qué me condenaste á nacer sin previa

(1) Don Agustin Sales, presbítero.
(2) El medallon es circular y no oval, como equivocadamente asegura.

formación de causa...? ¿De tan villana manera se ultraja la libertad individual, se vilona?

Y balaba con toda la fuerza de mis pulmones como el inofensivo cordero que se halla entre las garras del sanguinario lobo, y la comadre seguía magullándome y sobándome con la sonrisa en los labios y con la mas horrible sangre fría.

¡Oh, Teótimo de mis entrañas! Si tú no lloras, si no te conmueve mi desventura, tienes alma de prestamista, ó corazón de pupilera.

Prosígamos.

Lamentando estaba mi infortunio cuando la chacala susodicha me puso á tiro de boca algo que sería *improper* nombrar delante de una remilgada lady. Entonces mi estómago que siempre ha sido un filósofo práctico, me dijo roncando: ¿quieres creerme? déjate de jeremiadas y mama: es un almuerzo empalagoso, pero, en fin, *aliquid chupatur*.

Cerré el pico y mamá.

Etc. etc.

A los dos años tuve sarampion.

A los tres, por poco no me voy al limbo de unas viruelas que me comieron media nariz.

Suprimiré los detalles de la dentición que son exactamente iguales á los que pudiera referir cualquier tratante en bacalao.

A los cuatro años pronunciaba perfectamente los siguientes discursos:

Papa.

Mama.

Chacho.

Chacha.

Tiero tudar.

No tiero ir á la ettuela.

Tengo pupa.

Item mas, ponía el grito en el cielo cuando me lavaban y protestaba constantemente contra las tiranías sociales del peinado, de los zapatos estrechos y sobre todo contra el despotismo de la instruccion primaria de aquel tiempo cuyas obras de testo eran la palmeta y las disciplinas.

Item mas, me despepitaba por toda clase de frutas y golosinas, me gustaba elaborar cometas con caña y capítulos del *Fleury*, era partidario acérrimo de las camisas con cuello bordado, y me moría por jugar al escondite.

Item mas, me ponía hueco cuando me llamaban «hermoso» y ponderaban mi descaro, honrándolo con el nombre de viveza y travesara.

A los cinco años estuve á punto de reventar por haberme atracado de cerezas una tarde del mes de julio, mediante robo con escalamiento perpetrado con varios cómplices de mi edad y de mis instintos tragones, en un huerto contiguo al de mis padres.

Desgraciadamente curé á fuerza de cremor tártaro y lavativas de goma arábica.

A los siete años recitaba sin lapsus, vacilaciones ruborosas ni toses repentinas cinco fábulas de Samaniego y toda la doctrina.

Distinguía maravillosamente el nombre sustantivo del adjetivo y viceversa.

Sabía que; 7 y 8 son 21, llevo 3 y, 2 son 30.

Conocía al dedillo la historia del casto José, aunque tenía mis dudas acerca del episodio de la hermosa gitana que quería *minotaurear* á su costilla.

Creía á pié juntillas que en el país de Jauja los árboles dan jamon en dulce y que los pollos y lechones se pasean en salsa y asados por las calles de la ciudad, á disposicion de los niños que no hacen enfadar á sus progenitores.

Me dedicaba á las rudas tareas de general en jefe, acaudillando un ejército de diez soldados vestidos con cartucheras de papel negro, y corraje de papel blanco, gorra de cuartel y armados con sables de madera y fusiles de caña. Cuando alguno de mis subordinados faltaba á sus deberes, lo hacia fusilar, sin andarme por las ramas ni gastar tiempo en consejos de guerra.

A los nueve años, descalabré de un tinterazo á un sabio profesor que me habia llamado «mocos», rasgo heroico que me valió algunas palizas paternas, maternas y colaterales.

A los diez años era insolente, deslenguado, perezoso y no sabia una palabra de gramática latina.

A los once me creia un Pico de la Mirándola, porque alegollaba las primeras páginas del *Telémaco*.

¡¡¡¡¡A los doce amé!!!!... y leí varias novelas de Arlincourt, de J. Sand y ¡Abominacion de las desolaciones!!!!... comprendí *El Hijo del Carnaval* de Pigault, que me prestó un progresista.

¡Corramos varios velos!...

A los catorce años compuse una poesia intitulada la *Tempestad*, que es como sigue:

¡Oh cuán bello es contemplar
en negra noche, sombría,
este cuadro que estasia,
este cuadro aterrador!
¡Esta escena que al malvado
la sangre cuaja de espanto,
y cubre de un pavor santo,
á cualquiera espectador!...

¡Oh gran Dios! Yo te columbro
de la borrasca al través;

si: ese sonoro trueno es,
débil eco de tu voz;
y ese rayo que ora rasga
las nubes por un instante,
de tu pupila chispeante,
tan solo brillo veloz!

Relatar los desmayos de admiracion que este primer canto de ruiseñor produjo en toda la vecindad, las felicitaciones que llovieron sobre mi predilecta familia en cuyo seno habia nacido tan portentoso GENIO, y los aplausos que merecí, seria cuento de nunca acabar. En mi barrio hasta las vendedoras de trapos me señalaban con el dedo, y me enseñaban á sus retoños como dechado de talento, y monstruo de saber. La ciudad trató seriamente de pasar por encima de las leyes electorales y nombrarme su diputado perpétuo. El mundo sintió sus entrañas conmovidas por un secreto placer, y Lamartine estuvo tres días en cama por cierta envidia feroz cuyo objeto le era desconocido.

Entonces conocí cuál era mi mision en la tierra.

Dí un puntapié al *Valléjo* al *Despretz* y al *Torres Noharro*, y determiné sacudir violentamente las cadenas con que la pedestre ciencia de los humanos intenta aherrajar la *inspiracion*.

A los diez y seis años, manejaba *con igual primor* la prosa y el verso.

Saltemos catorce años.

Ahora tengo treinta.

Ponte serio, carísimo Teótimo, enciende un cigarrillo y no me escasees tu preciosa atencion, porque se trata de pedirte..., no dinero, tranquilízate: sino simplemente un consejo.

Resumamos.

Soy feo.

Soy flaco.

No he inventado la pólvora.

Las pasiones, el ocio y varios otros vichos, se han zampado á la chita callanda la juventud de mi alma, como los gusanos que anidan en el interior de una fruta.

Mi voluntad es sordo-muda, cojea y padece de flato.

Tengo un pensamiento reumático cada año y el traducirlo en prosa honrada me cuesta toda suerte de escalofrios y calambres.

No sé nada.

Por fin:

Soy mas pobre que Job.

De esto tienen la culpa:

1.º La vida mortal que se empeñó en hacerme nacer y nacer hombre, pudiendo haberme hecho un poco mas avestruz, calabaza ó sulfato de sosa.

2.º Mi comadre que pudo haberme apretado un poco mas las fajas susodichas, y tuvo la impía compasion de no hacerlo, ¡con un estrujon mas me hubiera dado un puesto entre los coros de ángeles!...

3.º Las cerezas aquellas que no tuvieron bastante maña para acabar con su raptor.

4.º Mis padres y maestros que alabaron mi poesia á la *Tempestad* en lugar de encerrarme en un calabozo a pan y agua por tan horrendo desacato contra las musas.

5.º Mi maestro de francés y de retórica.

6.º Los señores J. Sand, Pigault Lebrun, Arlincourt, y compañía, que al escribir *Leon Leoni*, *Jacobo*, *El Hijo del Carnaval*, *El Renegado*, *La Etranjera*, *El Solitario del Monte Salvaje* y otros escesos no sospecharon, siquiera, que yo debia leerles algun dia.

7.º La belleza plástica.

8.º La sociedad.

9.º Yo.

Ahora pregunto, lector amantísimo:

¿Quid faciendum?

¿Me suicido ó no me suicido? *That is the question*: aquí está el busilis.

Hazme el favor de contestarme á vuelta de correo antes que se me ocurra llevar al Monte de Piedad el revolver que tengo destinado á saltarme la consabida tapa por si me das una respuesta afirmativa.

Adios, chico.

GUILLERMO FORTEZA.

EXAMEN CRITICO DE LAS CARRERAS DE

CABALLOS VERIFICADAS EN EL HIPÓDROMO DE LA REAL CASA DE CAMPO EN LOS DIAS 11 Y 14 DE ESTE MES.

Los concursos tienen por objeto poder apreciar el mérito de los animales, procurar la mejora y perfeccion de las razas, incitar para su verdadera educacion y para los ejercicios que los han de hacer fuertes, ágiles y obedientes. La prueba de los caballos, sea cualquiera el trabajo á que se piense de-tinarlos, es el mejor medio de conocer sus cualidades. El examen de las formas facilita datos por lo comun insuficientes, á veces erróneos, nunca tan ciertos y seguros como seria de desear. Las pruebas á la carrera escitan á la perfeccion del caballo, porque el que presenta uno al concurso no se limita á la alzada, formas agradables y belleza, sino que busca una constitucion fuerte y energética, buen pecho, mucha energía y un carácter obediente. Si vence, comprueba sus buenas cuali-

dades, siendo natural que las comunique á su progenitura.

Las carreras son de celeridad, de resistencia ó al trote, que se efectuan en un terreno llano é igual, como es el de los hipódromos, ó bien en uno desigual, con zanjas y obstáculos, como las pruebas para los caballos de caza; con saltos de barreras, atalajados y enganchados, al paso castellano y al paso de andadura. Estas últimas parecen un contrasentido, pero la espresion de carreras al paso es sinónima de la de concurso. Todas, menos estas y las de caballos para la caza, se han verificado en el hipódromo de la real Casa de Campo, quedando reducidas hace algunos años á las de velocidad y resistencia, las cuales pueden considerarse como una diversion pública, como un medio de formar ginetes entendidos, y hasta de propagar en el pueblo el gusto á la equitacion y la aficion á los caballos. Cualesquiera de estos objetos es defendible; pero su establecimiento en España ha sido con la grandiosa y trascendental idea de incitar á la produccion de caballos ingleses de pura sangre y á su mejora progresiva.

Principalmente fue como espectáculo público la institucion primitiva de las carreras. Los griegos y los romanos las hacian con carros, teniendo por objeto distraer al pueblo en los dias de grandes solemnidades, escitando al propio tiempo la emulacion en el arte de enseñar y de guiar á los caballos.

En la edad media reemplazaron á las carreras los torneos, las justas, los carrasoles, aunque estas luchas tenian mas bien por objeto comparar la fuerza y destreza de los ginetes que la velocidad y resistencia de sus corceles.

En la Italia Moderna tienen las carreras cierta importancia, pero solo como diversion pública. Los caballos corren en pelo y sin ginetes despues de haberles enseñado á que lo hagan solos en el hipódromo.

Las carreras, tales como se hacen en el dia, tuvieron origen en Inglaterra, y aunque se ignora en qué época, se supone ser anterior al reinado de Enrique II (1154). Jacobo I las organizó en 1607, siendo Carlos II el mayor protector de los caballos de raza, pues envió á su caballero Cristóbal Wiwil á comprar caballos y yeguas á la Arabia; pero no se generalizaron hasta el año 1740 en que se instituyeron los premios reales.

El objeto de estos esfuerzos ha sido producir caballos largos de raspa, con radios articulares prolongados, sanguineos, secos y nerviosos; darles músculos potentes, energicos, una grupa horizontal y espaldas largas y oblicuas, para que avancen mucho en la marcha, mas bien que enseñarles á obedecer á la accion de la brida, que conozcan la voluntad del ginete y reducirlos á la obediencia, condiciones indispensables en todo caballo.

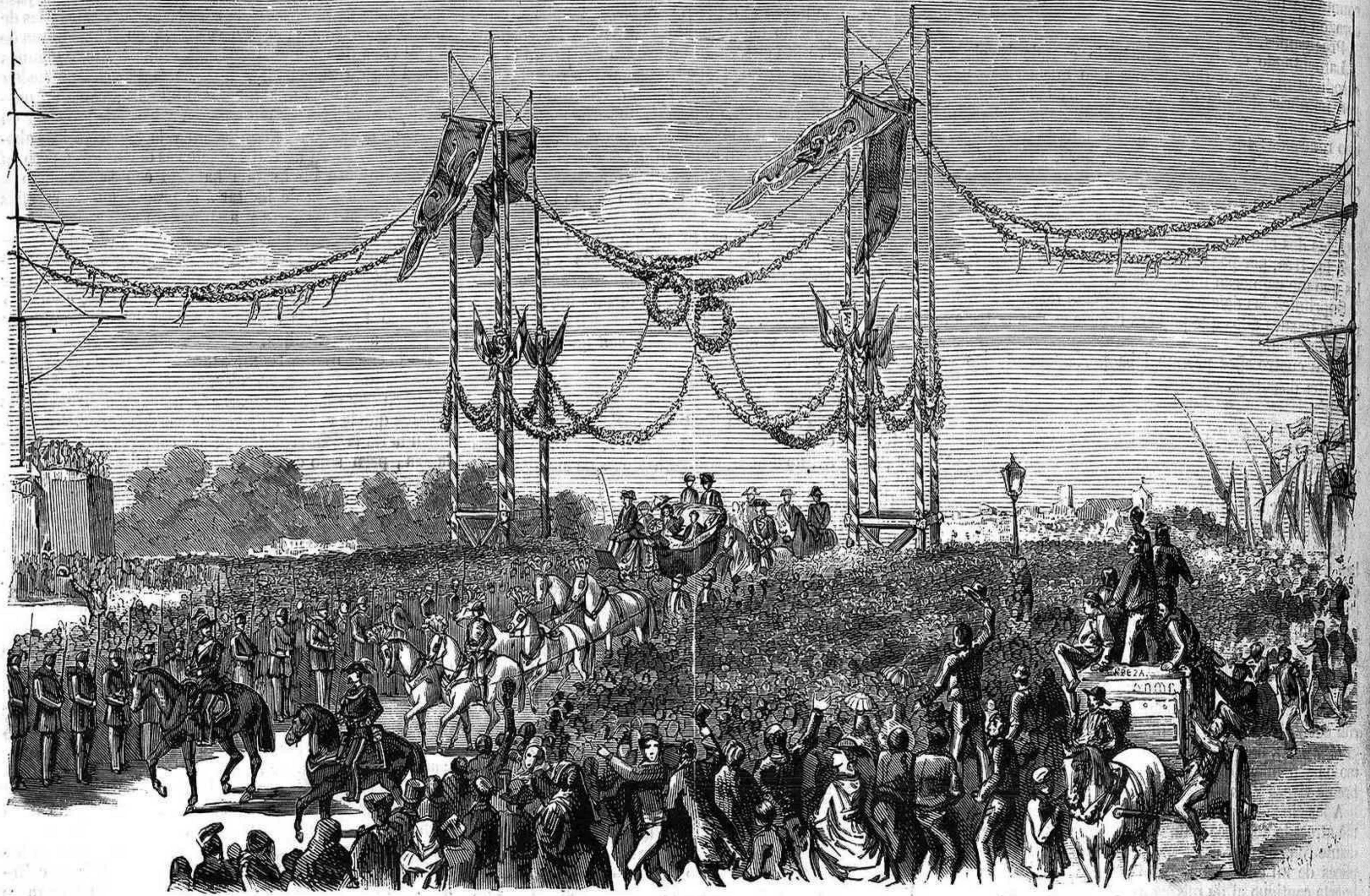
Generalmente se dice que las pruebas en el hipódromo son el único medio de conocer las cualidades de los caballos, pero esto no siempre es así, porque la manera de prepararlos, educarlos y montarlos y la habilidad de los jockeis, ejercen el mayor influjo en el resultado de estas carreras. Bastantes caballos de buena raza, con cuantas cualidades son de desear, son vencidos por otros medianos, pero que están mejor preparados y son bien conducidos.

Es innegable que los caballos adecuados para la carrera convienen muy poco para los servicios usuales, y que dando productos parecidos á sí mismos, no constituyen para la masa general mas que producciones medianas: la verdadera conformacion para la carrera no es la que conviene para el servicio de la silla y menos aun para el arrastre. Además, muchos de los vencedores no pueden resistir esfuerzos; no corren con rapidez mas que un tiempo muy corto, 2 minutos.

Hace diez y ocho años que la Sociedad para el fomento de la cria caballar en España instituyó las carreras y á ella se debe que poseamos caballos ingleses de pura y media sangre nacidos en la península Ibérica, y sin cuya Sociedad tal vez no existirian. Cada año se han ido multiplicando y presentándose mas á disputar los premios, excepto en las verificadas en los dias 11 y 14 de este mes, que han sido las menos concurridas y animadas pues hace años no se han visto iguales, ya porque unos han enviado á Sevilla sus caballos, con la seguridad de vencer como ha sucedido, ya porque á otros les han enfermado los caballos mientras los preparaban, faltándoles tiempo, ya otros por no ser vencidos por el casi único competidor que se ha presentado, aunque la voz general lo ha atribuido á una cosa que nosotros estamos distantes de calificar.

Entes de hacer el juicio crítico de ellas diremos algo del *Derbys* ó carreras para potros ó potrancas de dos años, cuyos dueños se comprometieron á que corrieran á esta edad en cuanto han nacido, depositando para premio 500 reales cada uno. No hay cosa que mas estropee á los caballos que hacerlos correr muy jóvenes, pues tienen que prepararlos y acostumbrarlos, lo cual altera su constitucion, les acarrea enfermedades de pecho, se resienten de los riñones y de las articulaciones. Cuando llegan á la edad de cuatro ó de cinco años se encuentran muy sucios, y á veces lo están en el momento de nacer, porque estos defectos ó enfermedades se han hecho hereditarios. Este sistema en vez de mejorar, destruye, y desearíamos verlo anular en España como se piensa anular y aun se ha anulado donde las carreras tuvieron su origen. Los caballos deben someterse á la prueba poco antes de tenerlos que utilizar.

CARRERAS DEL DIA 11. Hace tiempo que no se han vis-



ENTRADA DE LA REINA EN BARCELONA EL 21 DE SETIEMBRE.

to carreras mas desanimadas, tanto por la poca concurrencia como por falta de competidores para los premios, puesto que casi todos los caballos que corrian pertenecian á la tan acreditada raza de la Alameda, propia del señor duque de Osuna, y á la que parece temen los poseedores de caballos corredores. A las tres y media de la tarde, se presentaron en el circo para disputar el primer premio de 1,000 reales ofrecido por la inspeccion general de carabineros al caballo que corriera dos mil varas en 3', venciendo de tres dos veces: la yegua *Volga* y la *Neva*, ambas de tres años, de siete cuartas, cuatro y cinco dedos y de pura sangre inglesa, invirtiendo por su orden, en la primera prueba 2' 22" y 2' 23"; y en la segunda 2' 22" y 2' 23". Ganó *Volga*. Sin embargo, *Neva* es una gran corredora, y si hubiese habido competidor extraño, tal vez hubiera sido la vencedora. Ninguna desplegó la energía de que es capaz.

Para el segundo premio de dos mil reales, ofrecido por la sociedad, para el caballo que corriera mil quinientas varas en 2', una sola vez, se presentaron el *Ivanhoe* y la *Cordovesilla*, de tres años, siete cuartas y ocho dedos, ambos competidores, de pura sangre inglesa y del mismo dueño, invirtiendo por su orden 1' 44" y 1' 46". Ganó el caballo, el cual llegará á ser en su día un enemigo temible para premios mayores.

Salieron al circo para el tercero, que consistia en 6,000 reales ofrecidos por la Sociedad al caballo que corriera tres mil varas en 4', venciendo de tres dos veces, las yeguas *Elena* y *Reneacuala*, de seis y cinco años, siete cuartas y ocho dedos, pura raza inglesa y pertenecientes al mismo dueño y ganadería, tardando en la primera prueba la *Elena* 3' 23" y en la segunda 3' 34" y en la tercera 3' 30", y la *Reneacuala* 3' 23" y 3' 35", y 3' 30" adjudicóse, pues, el premio á la primera.—No fue la intencion de los jockeis que triunfara *Reneacuala* en la primera tentativa, á cuya yegua se la fue refrenando siempre para evitar corriera con el muchísimo poder que tiene; pero al llegar al punto aflojó el jinete las riendas, sin duda por cansancio y un exceso de confianza, y la yegua alargó de tal modo la cabeza que asomó la punta de la nariz antes que su compañera. Es mucho mejor yegua su hermana; pero ninguna de las dos demostró toda su velocidad, ambas pueden mucho mas; corrieron para llenar el tiempo.

El cuarto premio de 8,000 reales ofrecido por el mi-

nisterio de la Guerra para el caballo que corriera tres mil varas en 3' y 53", venciendo de tres dos veces, fue el único disputado en este día por ser dos los verdaderos dueños de los competidores, que lo fueron la *Centella*, cuatro años y ocho cuartas, del señor duque de Fernan-Núñez; la *Comparacion*, seis años, siete cuartas y cinco dedos, del señor marqués de Alcañices; y la *Emperatriz*, cuatro años, siete cuartas y cuatro dedos, del señor duque de Sesto: todas de media sangre ó anglo-hispana. Tardaron por su orden en la primera prueba 3' 32" y 3' 31" y 3' 32". En la segunda 3' 40"; 3' 38", quedando distanciada la *Emperatriz*. Triunfó *Comparacion* á pesar de la gran confianza que se tenia en la *Centella*, y por eso sin duda se la inscribió. Es imposible apurar, castigar y sacrificar mas á un animal que lo que se hizo con esta yegua para que ganara, pero todo fue inútil.

CARRERAS DEL DIA 14. Aunque algo mas concurridas que las del 11, hubo poca animacion, sin duda por no haber verdadera competencia, puesto que los corredores pertenecian á la misma ganadería y dueño, cuyas pruebas hubieran bastado para acreditar la casta, si no estuviera ya, sobre todo las del tercer premio.

Consistia el primero en 3,000 reales ofrecidos por la Sociedad al caballo que corriera mil quinientas varas en 2', venciendo dos veces. Se presentaron *Medea*, de cinco años, siete cuartas y siete dedos, y el *Ivanhoe* del día 11, tardando, por su orden en la primera prueba 1' 40" y 1' 40" y en la segunda 1' 37" y 1' 37". Ganó *Medea*.

El segundo premio eran 4,000 reales que se adjudicaban en nombre del ministerio de Fomento para el caballo que en 3' y 43" corriera tres mil varas, presentándose la *Reneacuala* y la *Neva* del día 11, tardando 3' 29" y 3' 34" en la primera prueba; 3' 29" y 3' 34" en la segunda. Ganó *Reneacuala*.

El tercer premio eran 12,000 reales ofrecidos por S. M. la reina, al caballo que corriera cuatro mil quinientas varas en 5' y 45" venciendo dos veces. Se presentaron *Catinka*, de seis años, siete cuartas y ocho dedos y *Elena* del día 11, tardando 5' 19" y 5' 19" en la primera prueba; 5' 4" y 5' 4" en la segunda. Esta carrera ha sido la mas ve'oz que se ha dado en el hipódromo desde que está instituido, y superior á las de Inglaterra y Francia, bajo el concepto de que *Catinka*, está

preñada de cinco meses y de que *Elena*, aunque vencida por 1", es mas corredora, pero á su dueño le convenia no triunfara por razones fáciles de conocer y que tendrán aplicacion en la primavera próxima. Yegua mas corredora no se ha conocido hasta el día, siendo presumible no llegue á conocer quien la venza.—Todos los corredores mencionados pertenecen al señor duque de Osuna. Para el Derbys se habian inscrito al nacer ocho potros, de los cuales murieron tres, y de los cinco solo se han presentado tres: la potra *Mazzepe* del señor duque de Osuna, el potro *Ventrebleu* de los señores duques de Sesto y de Frias, porque cuando este vendió la madre, llamada *Ibraina*, lo hizo del hijo, ya inscrito, á condicion de que corriera en nombre de los dos y partir el premio si ganaba, y el potro *Feging Dutchman* del señor marqués de Alcañices, que al romper la carrera se torció hácia la querencia, derribando al jinete que se enganchó en la cuerda por el cuello. *Mazzepe* tardó en correr las mil quinientas varas 1' 50" y *Ventrebleu* 1' 51", ganando el primero 3,500 reales y devolviendo por el segundo los 500 del depósito. Todos eran de dos años y de pura sangre inglesa.—La potra *Catch the wasp* (coge la avispa), de don José Salamanca, no se presentó porque haciendo seis días que habia llegado de la dehesa no se la pudo preparar, y el potro *Orestes* del señor duque de Fernan-Núñez estaba enfermo.

Resulta de estas carreras: que solo se han presentado caballos y yeguas del señor duque de Osuna, si se exceptua la *Centella* en el día 11 y que ha ganado en los dos días 31,500 reales. Esto manifiesta lo selecto de la casta, el cuidado que con ella se tiene, lo bien que se preparan los caballos y los entendidos jockeis de que dispone, cual lo han comprobado de la manera mas convincente.

Parece ser que para las carreras de primavera en el año venidero se presentarán competidores, lo que debe desearse porque de otro modo vendrian á concluir por consuncion, acarreado los males que son consiguientes.

NICOLAS CASAS.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GA'PAR Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.